

Ernesto Montenegro

## Doble personalidad de Mark Twain

(Notas para unas conferencias de la Extensión Cultural de la Universidad de Concepción y de la Universidad de Chile).

El río Mississippi va dejando aconcharse en su curso inferior el fango que ha recogido por millones de toneladas en su marcha de más de mil leguas. Para compensar este solevantamiento del lecho, hay que levantar y reforzar de año en año los embalses artificiales que le impiden vaciarse sobre las tierras bajas. Cuando ha terminado ya el deshielo en las vertientes de sus cabeceras, el río sigue de bajante hacia su desembocadura, y las embarcaciones que lo surcan van perdidas entre dos empinados muros que les cierran la vista por una y otra banda. Pero, cosa de un mes más tarde, la creciente alcanza hasta abajo, hincha el cauce, y entonces se navega como suspendido dentro de un descomunal acueducto, a muchos metros por encima de los campos ribereños.

Un desconocido viajaba en uno de los vapores de rueda que comenzaban a recorrer el Mississippi unos ochenta años atrás. Era un mozo de unos veinte años de edad, de ojos grises, algo capotudos, con unas cejas espesas que acentuaban lo intencionado de su mirar. De talla mediana y robusta, tenía con todo un semblante de blancura delicada y desnudo de vello, y en torno al cual se alborotaba al viento una melena de color azafranado. El viajero se dirigía a Nueva Orleans desde su aldea de Missouri, con intenciones de pasar al Brasil. Paseando sobre la cubierta por entre los fardos de tabaco o algodón, ya acompañando al piloto de guardia en el puente, seguía con ojo maravillado la marcha en zigzag del barquichuelo que iba tanteando el curso caprichoso del río apegado a una u otra orilla, mientras el contramaestre, con el cuerpo pendiente sobre la amura de proa, echaba de cuando en cuando la sonda.

*Mark Twain!* cantaba con dejo cadencioso el sureño, y cada vez que

eso es capaz de helar la sonrisa en la faz del más irónico de los hombres. En la obra total de Mark Twain—veinticinco volúmenes publicados y otros tantos inéditos—va siendo cada vez más reducida la porción del humorista, más extensas sus preocupaciones de miembro solidario de la raza humana, a la vez que crece su impaciencia ante las pretensiones de inmortalidad de esta criatura tarada con lo que él llama de el *sentido moral*, una conciencia.

Justamente porque en Mark Twain los elementos contradictorios de una vigorosa naturaleza animal y un espíritu insatisfecho se presentan, como en Tolstoi, en perpetuo equilibrio inestable, su humorismo no es más que una etapa característica en su dilatada carrera de escritor, que abarca medio siglo de su vida. En su primera juventud, cuando tipógrafo y aprendiz de periodista en un pueblucho de Missouri, el espíritu de ordinario juguetón y despreocupado de la mocedad, le lleva a estrenarse en el estilo grosero del humorista rural. La disposición a la broma aparece innata en su raza, y mientras más severos se mantengan los rasgos de la fisonomía del bromista o del narrador que cuenta la gracia, más celebrado resulta. Hasta hoy día la prensa de Estados Unidos, sin excluir los grandes diarios y revistas metropolitanos, publica una sección de chistes y comentarios humorísticos que aligeran la página editorial. La tradición se ha ido refinando, pero no pierde nada de su intención.

En los días de la juventud de Mark Twain, el humorista popular es el héroe del periodismo provinciano, de la tertulia de aldea o campamento, y hace agolparse al público a las salas de conferencias. Artemus Ward, Josh Billings, Petroleum S. Nasby, Bill Nye son entonces nombres de fama nacional, cuyas ocurrencias corren de boca en boca o circulan en millares de folletos y almanaques. Es un género que abusa del quidproquo ortográfico, y a fuer de descendiente de puritanos, se escandaliza fácilmente de su rústica malicia. Mark Twain hace su

aprendizaje del género en la sociedad revuelta que le proporciona su vida aventurera de la juventud, y un buen día escribe sin sospecharlo el relato humorístico que lo lanzaría a la circulación universal, dándole un nombre y profesión aventajada. «La rana saltona del distrito de Calaveras», que Mark Twain recoge del folklore minero de California, es una pieza narrativa que contiene ya los elementos dominantes en el estilo de este humorista: su tendencia a lo *preposterous*, a lo extravagante y desproporcionado (la rana del cuento lleva el nombre del majestuoso orador y estadista Daniel Webster, y más adelante ha de ser comparada con una catedral); sus digresiones que tiñen de naturalidad el relato mismo; la caracterización intencionada (el protagonista padece la manía de apostar contra todo y contra cualquiera opinión, sin excluir la propia). Daniel Webster ha aprendido a dar saltos más largos que los de sus hermanas no educadas; pero un pillastre la hace tragarse un puñado de municiones, en ausencia de su dueño, y cuando éste vuelve muy ufano, trayendo una competidora para proveer al tramposo, el pobre Daniel Webster no puede despegarse del suelo, encoge los hombros «como un francés», y pierde la apuesta.

El humorismo es un género literario complejo en su mecanismo, por inocente que aparezcan su intención y su estilo. Participa de la dramática teatral, en cuanto debe tener siempre por mira la capacidad media del público y la reacción imaginativa del hombre de la calle. Por esta razón, convendría advertir, antes de juzgar los escritos de tal índole de Mark Twain, que acaso la mejor parte de su mérito se perdió cuando su persona desapareció de este mundo. Su expresión más perfecta estaba en su gesto y su dicción, particularmente en la tribuna o en el discurso de sobremesa. El aire grave, las cejas adustas, la palabra lenta, acentuada por pausas y cambios de inflexión en la voz, contenían probablemente la mejor parte de sus reacciones de ese género.

## EL ESCRITOR NÁTIVO

Lo que nos queda de él como producción netamente humorística no alcanza a llenar tres volúmenes de los veinticinco ya publicados. Ciertamente, no hay casi uno solo de sus libros donde la nota humorística no aparezca como la pincelada sorpresiva que aviva el colorido de la página: pero no son menos fuertes en la gama de su talento los dones del escritor descriptivo, del pintor de costumbres, del cronista de una época formativa en una gran nación; un maravilloso retratista de caracteres y el creador de dos prototipos en que se resumen la fisonomía moral del niño y la del hombre que convivían en el autor: la de Huckleberry Finn, personificación de una individualidad rústica, cuyos mejores instintos se resisten a las podaderas de la tiranía social; y la del Coronel Sellers, colono de naturaleza instable, fantaseador inmune a las realidades circundantes, con delirio incurable de grandezas.

Es, pues, como un intérprete de la realidad americana como hay que encarar de preferencia a Mark Twain. Su primer libro, *The Innocents Abroad*, crónica serio-burlesca de las impresiones de una partida de turistas norteamericanos que recorren Europa y las tierras bíblicas en un barco fletado ex profeso y en el cual viajó el propio autor, tiene de original y de revelador el punto de vista de descarada crítica nacionalista con que mide todo cuanto le presenta el mundo de sus antepasados. Para estos hijos del Nuevo Mundo, aquello es apenas un museo tolerablemente conservado, donde anidan al igual que murciélagos bajo los aleros ruinosos, la rutina, la codicia menuda, la desconfianza de lo foráneo. Por reacción, termina por sublevarse el amor propio de los turistas de América y uno de ellos interrumpe a un guía que declama acerca de los horrores de las erupciones históricas del Vesubio ante el cono del volcán, que ahora apenas bosteza una borra de humo casi inmóvil:

—¡Oiga usted, en nuestra tierra tenemos un río que le apagaría su volcán en medio minuto!

Naturalmente, este revelador de la vida de su pueblo, debía participar en sus defectos, tanto como en sus aptitudes. En las páginas de libros posteriores al ya mencionado, en la *Vida sobre el Mississippi*, en que aparece como verdadero protagonista el gran río americano; en *Roughin' It*, en que nos cuenta la aventura minera de Nevada y California, Mark Twain recoge, puntualmente, el acento provocativo, jactancioso, petulante de su gente; su fiebre de acción, su pasión por el azar, la voluptuosidad de amontonar una fortuna y derrocharla en suntuosas fantasías; el amor por los grandes espacios, esa vida varia, movida, con saltos imprevistos de escenario, del aventurero en plena conquista allá por las fronteras de la civilización. El suyo es un acento áspero y viril, una prosa nervuda, cuya raigambre renovadora se enlaza a la construcción directa de la lengua hablada. Para comprender mejor el alcance de esta obra realista, es menester recordar, siquiera de paso, tanto la corriente escolástica de la literatura de Nueva Inglaterra, de la escuela bostoniana, como el tono sensiblero y melodramático de la literatura popular norteamericana de la misma época. Por lo demás, las cualidades de un artista se hallan encuadradas por sus propias limitaciones y así los méritos de fidelidad de Mark Twain ante la realidad ambiente, corresponden por otro lado a su ineficacia imaginativa, a la pobreza de su invención. De ahí que sus mejores libros vayan formando la crónica de su experiencia personal y que los peores correspondan a algún desborde de su fantasía o a una mera especulación intelectual.

#### EL APRENDIZAJE

Volvamos ahora a los hechos. Mark Twain, o sea Samuel Langhorne Clemens, nació el 30 de noviembre de 1835, en la aldea de Florida, estado de Missouri, a corta distancia del río

Mississippi. De pequeño pasó con sus padres y hermanos a vivir en el pueblo ribereño de Hannibal, donde permaneció hasta la mocedad. Como en el caso de Lincoln, al joven Samuel le toca nacer en un hogar inseguro, de pobreza apenas decorosa, con un padre de naturaleza crédula, bien intencionada, de ánimo tornadizo y salud precaria. En cambio, tanto la madre del escritor como la del político fueron mujeres de gran energía de carácter, con fe en la formación de un porvenir para sus hijos por medio del cultivo de la inteligencia y de la voluntad.

Un siglo atrás, el Mississippi señalaba para Estados Unidos una frontera semejante a la de nuestro territorio austral hasta hace medio siglo apenas: caseríos de madera junto a las ruinas de antiguos fuertes, calles erizadas de malezal donde ramoncaban los animales domésticos, y una vida de rudo bregar con el suelo, de domingos ociosos y aburridos, de pasiones férreamente contenidas hasta que estallaban en escandalosos desbordes de vicio y de crimen. Gentes de barbas agrestes, de acento áspero y campechano; trajes de telas mal cardadas, muebles como labrados a hachazos, rudeza en las cosas y en las gentes. Y en cada uno de estos caseríos, que eran como las avanzadas de una civilización apenas menos ruda que la barbarie fronteriza, la casucha de una escuela y el cobertizo de una imprenta.

De la escuela primaria, donde nuestro Samuel aprende ciertos rudimentos en los ratos que le dejan libres sus vagancias y travesuras, pasa directamente, como todo el mundo en esos días, al aprendizaje de un oficio: su hermano Orión se ha hecho editor en pago de una deuda y le lleva a su lado de ayudante. En ausencia del jefe, un buen día el aprendiz de tipógrafo hace su estreno como periodista, insertando una sátira brutal y burdamente ilustrada por él mismo, contra el editor del periódico rival. El tiraje aumenta enormemente, pero su hermano se asusta de tal éxito y despide al futuro gran humorista.

A los veinte años de edad, Samuel emprende ese viaje río abajo, con vagos planes de extenderlo hasta más allá del Ama-

zonas. Pero el río natal sabe retenerlo y por cinco años permanece como piloto en los vapores que hacen el tráfico entre San Luis y Nueva Orleans. Los comienzos de la Guerra de Secesión ponen fin a su carrera, al cortar las comunicaciones fluviales, y decide seguir a su hermano, que acaba de ser nombrado secretario del gobernador del territorio de Nevada. Remontan la corriente del Missouri hacia el oeste, toman luego una silla de postas, de las que cruzan a galope tendido las praderas donde vagan el bisonte y el indio bravo, y llegan a Carson City en pleno auge de los minerales de plata.

Aquí es donde Samuel L. Clemens, tras probar el fracaso de una breve tentativa para hallar un filón en las minas, se resigna a tomar un puesto de cronista en un diario local y a poco adopta el seudónimo de Mark Twain. Vale la pena recordar que esta firma había sido usada algún tiempo antes por un capitán retirado del Mississippi que cultivara la inocente manía de escribir pronósticos para los diarios de Nueva Orleans, indicando las futuras crecientes y bajantes del río. Hacia el fin de su carrera como piloto, Clemens tuvo la ocurrencia de parodiar uno de esos mensajes, firmándolo con el pseudónimo de *Mark Twain* y atribuyendo sus predicciones de desastres a un fantástico capitán chino del Mississippi, que comandaba una tripulación de pieles rojas. Esta farsa hirió tan hondo al veterano navegante, que selló sus labios hasta el día de su muerte. ¿La resurrección del nombre de Mark Twain fué un descargo de conciencia del humorista para con su antecesor? Algunos han llegado a suponer que el nuevo Mark Twain quería pagar de este modo con la inmortalidad al obscuro augur de Nueva Orleans; pero nos parece mucho más probable que fuera un seguro instinto literario lo que le aconsejara adoptar la eufonía y originalidad de ese seudónimo y, por otra parte, ¿qué seguridades de inmortalidad podía alentar entonces el periodista de Nevada?

En 1865 pasa Mark Twain a California, conoce a Bret Harte, en cuyo *Overland Monthly* alcanza a publicar algunos bo-

quejos mineros. Sigue luego a las islas Hawai, donde tiene la fortuna de recoger el relato de unos náufragos que han pasado más de un mes sin alimentos en las soledades del Pacífico; y enfermo en una camilla, escribe día y noche hasta completar la relación en tiempo oportuno para que salga en el vapor de la carrera. Con este triunfo periodístico en su haber, consigue como premio ese viaje a Europa y el vecino Oriente. El periodista va a consagrarse escritor; a su vuelta el escritor se desdobra en conferenciante; gana fama y dinero, y a los treinta y cinco años de edad se instala en Búffalo como socio de un diario local y pronto se casa con la hija de un comerciante acaudalado de la región.

Hasta aquí nuestro héroe recuerda a un protagonista de historia ejemplar. Por lo demás, le vemos sumido hasta la coronilla en la apasionante ocupación de vivir. Su apetito de sensaciones es espléndido; hasta entonces ha vivido intensamente y ahora va llegando la edad en que se prefiere una existencia cómoda. No ha perdido su afición a rozarse con toda condición de gentes, y está firme su capacidad para almacenar anécdotas, rasgos individuales, colorido de épocas y acentos peculiares; puede evocar tipos al parecer ya desvanecidos tras la lontananza del recuerdo y sabe hacer revivir en frases carnosas y jugosas como la vida misma, un episodio, una ocurrencia, toda una historia de aquellos tiempos. Hasta aquí hemos visto al escritor hacer el aprendizaje más importante, asimilar la materia prima a su temperamento. Ahora debemos verlo en contacto con la tradición literaria de su raza y en sus relaciones con los escritores de su tiempo.

#### UBICACIÓN DE SU OBRA

Hace un momento mencionábamos el nombre de Bret Harte. Es posible que, empleando ciertos procedimientos de la crítica como en un experimento de química literaria, ponien-

do en contacto los métodos de Mark Twain con los de Bret Harte, descubramos mejor por reacción, cuáles son sus méritos salientes, cuáles sus flaquezas, en qué difiere uno del otro. Ambos estuvieron en California allá por la misma época, cuando tocaba a su fin la avalancha de buscadores de oro. Bret Harte, más empapado de tradición literaria, más ducho en la composición y en el matiz, prefirió a fuer de romántico ir a refugiarse en las leyendas de ayer, mientras que Mark Twain, con los ojos y los oídos bien abiertos a la realidad, recogía del ambiente cuanto quedaba vivo de la estupenda aventura.

Con tales procedimientos se pone espontáneamente en evidencia cuanto hay de convencional, de teatral, en las situaciones y personajes del autor de «Los relatos californianos», a despecho de sus méritos artísticos. La suya es una realidad acomodaticia, de un humorismo patético que ahora nos resulta algo ñoño: vellones de una pureza femenina inmaculada, que no alcanzan a salpicarse con la turbia corriente de los lavaderos; ingenuas que ya no nos convencen, rufianes caballerosos, y brutos que se sacrifican por un capricho sentimental. Hay que confesar que Mark Twain no es capaz de nada de eso, y que sus personajes huelen a veces demasiado a sudor, a sangre y a tabaco.

Esto no significa, es claro, que Mark Twain no se formara a su manera una cultura literaria. Hacia su vejez lamentaba, no sabemos con cuanta sinceridad, el no haber leído a los grandes novelistas ingleses de su siglo; pero sabemos que conocía a su paisano Fenimore Cooper, cuyos métodos ridiculizaba con mucha gracia. Debió estimar, sin embargo, a Poe y Hawthorne, esos alucinados que vivieron con los ojos fijos en las fantasmagorías de su imaginación y en los vericuetos de su conciencia, porque del uno y del otro hay huellas en las preocupaciones de Mark Twain, hacia el fin de su vida, con los problemas del espíritu, de lo inconocible y de nuestro destino final. Es evidente que estima a sus contemporáneos Holmes, Aldrich,

Howells y Cable; pero nada tiene realmente que aprender de ellos. El único que acaso le sobrepasa en estatura es Melville; aun cuando *Moby Dick* esté escrito en un lenguaje de Viejo Testamento que debió ser duro de tragar para Mark Twain.

Hacia 1870 nuestro autor se retira con su familia al campo, donde se ha hecho edificar una cómoda residencia, a una docena de leguas de Nueva York, y allí asume seriamente su profesión de humorista y novelista. Hasta ese momento sólo es el autor de dos libros: *The innocents Abroad*, y una colección de historias que encabeza *La rana saltona*. Pero de 1871 adelante van apareciendo a intervalos más o menos regulares, *Roughin' It*, ya descrito más atrás, y *Las Aventuras de Huckleberry Finn*, cuya vigorosa creación central está desfigurada a ratos por una fábula pueril y conflictos folletinescos. Le siguen *El príncipe y el pilluelo*, una fantasía medieval y milnochesca, en que aparece un hijo del arroyo trocando posiciones con un heredero del trono; *Vida sobre el Mississippi*, el recuento de sus experiencias de piloto y la extraordinaria biografía de un personaje natural, el río mismo. Vienen después *Las Aventuras de Tom Sawyer*, que han de servir de introducción a la historia de Huck Finn, y que guardan frescachones recuerdos de la infancia, contados por un niño grande; *Un yanqui de Connecticut en la Corte del Rey Arturo*, farsa a ratos divertida y a menudo imposible; *The American Claimant*, o sea el Coronel Sellers en persona; *Recuerdos personales de Juana de Arco*; y por último, en 1898 *El hombre que corrompió a Hadleyburgo*, una requisitoria contra la codicia y la hipocresía de la sociedad humana; sin contar algunos ensayos de tendencia filosófica y polémica. Después de la muerte de Mark Twain aparecieron *The Mysterious Stranger*, y dos tomos de su *Autobiografía*, la cual, primitivamente, por disposición expresa de su autor, no debía publicarse sino cien años después de su muerte.

La aparición apresurada de esta «Autobiografía» es un signo revelador de dos fenómenos de la época. De una parte, los

ejecutores testamentarios de Mark Twain debieron comprender a tiempo que en la marcha acelerada del mundo actual, nadie podía responder de lo que el mundo pensara de los escritos inéditos del humanista (y ni aun de sus obras famosas) dentro de un siglo. Por otra parte, si algunas de las revelaciones o de las ideas allí contenidas llegaron a asustar a su autor, pronto debió verse que la evolución violenta del espíritu humano iba haciendo perder su tufo de escándalo hasta a las más audaces conclusiones de un agnóstico del siglo XIX.

#### EL BALANCE DE UNA VIDA

Llega para cada hombre un día en que se da cuenta más o menos clara de haber alcanzado el punto más alto de su desarrollo mental, la madurez de su personalidad, y entonces se pone a hacer el balance de su vida y a resumir su experiencia del mundo. A esa edad, cada hombre, grande o pequeño, se siente dueño de su filosofía, reconoce de buena o mala gana que ya nada podrá cambiarlo y que su yo actual ha de ser para él la medida de todo. Cuando Mark Twain entra en esa etapa crítica, grandes y profundos cambios han ocurrido en torno de él, alcanzando a las personas que le son más queridas. En el fondo, nuestra personalidad apenas se altera con los años: genio y figura, hasta la sepultura. Debajo de la piel arrugada, el mismo haz de nervios, algo más flojos; la misma corriente vital, con predominio de la sanguínea o la linfática, en un curso más lento; la vista un poco nublada refleja un mundo más descolorido; pero en la suma total, todo está allí como antes. La vida de Mark Twain se ha extendido ya sobre más de sesenta años de la vida de su nación, el joven gigante con las consabidas botas de siete leguas, y hay que reconocer que es una ardua tarea para cualquier mortal pretender marchar con aquellos trancos. La mentalidad de Mark Twain es como la de muchos de sus paisanos, muy siglo XVIII en cuanto atañe

a las ideas puras, por más que (o acaso por lo mismo) se halle siempre dispuesta a adaptarse dócilmente a las últimas formas del progreso material.

Mark Twain ha sido toda la vida un descreído de la escuela de Paine. Honradamente rechaza por igual, porque los siente de igual manera inconcebibles, al Dios que hace de contralor de todas las pequeñeces de este mundo, y a la individualidad infinita y eterna que rebalsa todos los límites de nuestra razón. Le preocupan en cambio seriamente los casos de telepatía y de premonición que abundan en su propia experiencia cotidiana, y que le están advirtiendo a cada paso que vivimos como Robinsones en un islote de realidad circundado por un océano de fenómenos insondables. Pero su imaginación maliciosa viene a soplarle al oído por boca de su capitán Stormfield:—¿Es posible tomar en serio la promesa de un más allá donde los bienaventurados se lo pasarían eternamente arrellanados sobre cojines de nubes, tocando el arpa?

De aquí rebota en un fatalismo de apariencia determinista, según el cual supone que el destino de cada uno de nosotros se halla predeterminado hasta el menor detalle en la primera célula del germen vital, de la misma manera que el desarrollo del árbol y las cualidades del fruto se hallan latentes en la semilla. «Nada que intentemos para alterar el rumbo de nuestro destino podrá cambiarlo realmente, puesto que esa misma reacción al parecer voluntaria se hallaba consultada entre las tendencias de la célula original». Tal es la insistente conclusión de nuestro humorista, siempre inmune al trascendentalismo.

Acaso las ideas más lúgubres sobrevengan a la postre de un banquete. Y la carrera de Mark Twain se nos aparece como una espléndida marcha triunfal, cuando se la compara con el destino común a la mayoría de los hombres. De la miseria de su infancia a la opulencia de la edad madura, de la obscuridad de su rincón nativo hasta alcanzar la celebridad mundial, cordeándose con casi todas las gentes notables de su época, pasean-

do del braceo con el Príncipe de Gales, comiendo a la mesa del Emperador de Alemania él, piloto de barquichuelos de río, minero poco afortunado, que se improvisara una educación al azar de las circunstancias y que ahora luce con forzada gravedad de niño grande el manto y la borla escarlata de un doctor de la Universidad de Oxford. Mark Twain recuerda a este propósito que la víspera de su primera conferencia de viajes, apenas llegado a Nueva York desde California, y haciendo su camino a la sala de espectáculos en un mero tranvía, vió delante a dos sujetos que pasaban una mirada distraída por uno de los programas lanzados por su empresario; y uno de ellos que pregunta: —¿Quién será este señor Mark Twain? Y el otro que le responde, con displicente indiferencia: —Dios sabe quién será; ¡yo no he oído su nombre en mi vida!

Treinta años más tarde, dos docenas de volúmenes proclaman su nombre en todas las lenguas civilizadas y de retuque hacen afluir a sus arcas una fortuna considerable. Mark Twain ha sabido seguir el consejo de un amigo de la juventud: «Asóciate en cuanto puedas con los más grandes y con los mejores». Y como los consejos de que se hace caso son, generalmente, los que mejor se avienen con nuestras tendencias naturales, nuestro grande hombre cuenta pronto entre sus íntimos al multimillonario Mr. Rogers, lugarteniente de Rockefeller en la Standard Oil, y a algunos centenares de celebridades de otros órdenes en ambos mundos; pero nunca, hasta su muerte, se olvida de su camarada Bixby, piloto ahora retirado en San Luis, y de los compañeros de trabajo y aventuras en Nevada y California. Es un hedonista que supo saborear las emociones fuertes en su juventud, con una propensión infantil y femenina a lo vistoso y lo fastuoso, pero que cree que sientan mejor a la dignidad de los años y a los triunfos de su carrera, lo refinado y lo discreto. A alguien que le pide una definición de lo que es un *gentleman*, le contesta por escrito con una breve biografía de su cochero, un inmigrante irlandés. Patricio es, en su sentir, el caballero más

perfecto que haya conocido. En otra ocasión advierte que escribe para el hombre corriente: «Yo no pretendo educar a las clases ya educadas». Y de uno de sus viajes triunfales a la madre patria recuerda de preferencia, entre los agasajos del Savage Club y del Atheneum y los garden-parties en las mansiones rurales de la nobleza y la banca británicas, la ovación de bienvenida con que le saludaron los cargadores de los muelles de Southampton.

Tanto la aristocracia como el pueblo quedan muy cerca del artista. Pueblo y aristocracia forman los polos de energía intensa de una sociedad; son las clases que saben vivir a sus anchas, por debajo o por encima de los prejuicios ordinarios y los escrúpulos de la moral burguesa, una vida enérgica, excitante, de grandes espacios, de emociones fuertes en los trabajos o en los deportes. Un crítico norteamericano, Van Wyck Brooks, cree que Mark Twain malogró sus grandes posibilidades al someterse al criterio burgués, criterio conventual y convencional de su mujer y de los amigos de la casa. Sería un Huckleberry Finn que sucumbe al peine y al misal de su madre adoptiva; pero es posible que nuestro humorista, como ciertos escritores rusos, ganara en refinamiento de estilo y sutileza de pensamiento, por lo menos una parte de lo que sacrificaba por otro lado en impulsos espontáneos de su temperamento de escritor.

#### UN NABAB DEMÓCRATA

¿De qué proviene entonces el desencanto que empapa la «Autobiografía» de Mark Twain, al igual que casi todos sus últimos libros, y que parece repetirse con enfermiza obsesión en muchos de sus quince o veinte volúmenes suprimidos por la censura doméstica? Primeramente, de su naturaleza íntima; luego, de las exigencias antagónicas de los diversos medios en que se mueve en el curso de su carrera, y en buena parte, de su constitución mental. Mark Twain es fundamentalmente un

hombre del pueblo y ha de conservar mientras viva sus taras y virtudes ingénitas. Ellas forman el ambiente contradictorio en que se ha formado. Su temperamento le manda gozar de la vida sin limitaciones, en tanto que el ansia de verdad y la pasión de justicia que anidan en el fondo del artista y del hombre de bien, son maestros severos que no se avienen con la vida muelle, ni con las complacencias del gran mundo, ni aun con los halagos de un autor con su público. El escritor que quiere ser, ante todo, consecuente y leal consigo mismo, debe estar dispuesto a abandonar, en un instante dado, amistades banales, popularidad, favores de la fortuna y hasta ese vínculo más íntimo y doloroso de los afectos personales que suelen pretender defendernos contra nosotros mismos, hablándonos de la estéril temeridad de levantarse contra el consenso de la opinión, contra los formidables intereses de la sociedad tal cual es.

Pero esa gradual extinción de la alegría en el artista proviene igualmente, a no dudarlo, del debilitamiento de la energía animal, del embotamiento de los sentidos en una individualidad que no se había fortalecido con la experiencia anticipada de una cultura filosófica, para aceptar el don condicional de la vida. En su misma naturaleza, su temperamento y sus hábitos entrecocan hasta lo último. Le gustan el esplendor y el derroche, pero jamás deja de fumar los cigarros de la juventud, la targanina popular de cinco centavos; siente la nostalgia de los tiempos en que los varones lucían ropas multicolores de ricos paños, plumas y entorchados, pero se conforma con adoptar un traje blanco para cualquiera estación. Como al héroe de su niñez, le complace desahogarse en reniegos vulgares y anodinas blasfemias, y un día que la señora Clemens le enrostra repitiendo el juramento que acaba de oírle desde el cuarto vecino, el viejo Huck la corrige con un guiño malicioso de la pupila enzarzada en las cejas canas: — ¡Ah, mi pobre Libby, eso no es más que la letra, pero tú no has aprendido la música!

Es posiblemente un caso del genio literario castrado por una

moral encastillada en la letra, o el advenimiento malogrado de un reformador de esos que con ayuda de un talento satírico negado al miedo y sordo a las seducciones mundanas, empujan al mundo unos pasos más y a regañadientes hacia su reforma espiritual y hacia una mayor justicia en las relaciones humanas. Mark Twain vacila entre sus impulsos generosos y sus prejuicios democráticos. De una parte, pretende desdeñar las viejas castas y los añejos sistemas políticos de ultramar, caricaturizándolos en incontables ocasiones y creando esos dos tipos de impostores, el Delfín y el Duque, los compañeros de Huck. Pero bastó una primera visita a Europa y una invitación de las archiduquesas austríacas a visitar el palacio de Schoenbrün, y hay que ver entonces el ingenuo asombro, la estupefacción del gran demócrata al comprobar que esas personificaciones de la sangre más azul del Viejo Mundo, son al fin y al cabo criaturas humanas, que insisten en tratarlos, a él y a su mujer, en pie de igualdad casi escandaloso. Y es algo más triste todavía ver a Mark Twain en la tarde de su gloria esquivar medroso un homenaje a Gorki, al descubrir la prensa amarilla que el escritor ruso, salido del pueblo como él, ha tenido la imprudencia o la despreocupación de venir a Puritania con una compañera extralegal. «Es una tontería, le advierte el viejo león domesticado a su secretario; pero no hay nadie capaz de afrontar estos prejuicios aquí en América».

#### EL CAMPEÓN

Y, sin embargo, éste es el mismo escritor norteamericano que denunciara en páginas tan elocuentes y generosas como las de Bret Harte, las tropelías de la chusma californesa contra los escolares chinos de San Francisco; el que hace de la liberación del negro Jim y de los curiosos escrúpulos de conciencia de su salvador, uno de los alegatos más persuasivos contra la esclavitud, y el mismo que más adelante expone con sagaz valentía otra de las tendencias bárbaras de su raza, la de los

lynchamientos. Un hombre resuelto y astuto, Sherburn, mata de un balazo a un fanfarrón provocador. Se forma un tumulto en el pueblo, y alguien da la consigna de lynchar al asesino. Escribe Mark Twain:

La multitud corrió en dirección a la casa de Sherburn, vociferando y alborotando como una pandilla de indios, y cuanto había a su paso debía hacerse a un lado o exponerse a ser aplastado y destruído—algo terrible de ver.—Los chiquillos corrían delante del gentío, chillando y procurando esquivarlo; cada ventana se llenaba con bustos de mujeres; las ramas de los árboles servían de asiento a infinidad de negrillos; muchachos y muchachas se parapetaban detrás de las verjas, y tan pronto como veían acercarse a la chusma se echaban atrás a fin de no ser atropellados por ella. Muchas de las mujeres y las chiquillas estaban llorando y lamentándose, medio muertas de susto.

El gentío se arremolinó contra la verja de Sherburn, apretándose contra ella a no poder más. Uno se sentía ensordecido por el bullicio. Alguien gritó: ¡Echen abajo la reja! En seguida se produjo un estrépito de palos rotos, y abajo se fué aquello. La muralla frontera de la multitud comenzó a avanzar como una marejada.

Justamente en ese instante Sherburn asomó por el balcón y vino a pararse sobre el techo del porche, empuñando con ambas manos una escopeta de dos cañones. Su actitud era perfectamente tranquila y serena en su mutismo. El bullicio se apaciguó y la oleada de gente fué sorbida hacia atrás. Sherburn paseó su mirada por encima del gentío, y todo aquel que se tropezaba con su pupila intentaba sostenerla, pero en seguida bajaba los ojos. Luego dijo con voz lenta y burlona:

—¡La ocurrencia de que ustedes iban a lynchar a alguien! ¡Qué disparate! ¡La ocurrencia de ustedes, figurarse que iban a tener valor para lynchar a un hombre! Porque se sienten bastante valientes para maltratar a pobres rameritas que llegan por aquí, ¿se habían figurado que tendrían suficientes agallas para poner sus manos en un hombre? Vaya, un hombre estaría a salvo en medio de diez mil tales como ustedes, siempre que fuese de día claro y que ustedes no llegaran por la espalda. ¿Los conozco a ustedes o no? Los conozco al derecho y al revés. El promedio de las gentes son cobardes. ¿Por qué los jurados no condenan a los criminales? Porque temen que sus amigos vengan a matarlos por la espalda; y es lo que tendría que pasar. Por eso es que siempre salen absueltos. Y luego un hombre sale de noche, con un centenar de cobardes a los talones, y lyncha al criminal. El error de ustedes es no haber traído a un hombre,

sino a medio hombre, Huck Harkness, con ustedes. Ustedes no querían venir. El hombre ordinario no quiere dificultades ni peligros. Pero si un medio hombre como Harkness grita: «¡A lyncharlo, a lyncharlo!» ustedes tienen miedo de echarse atrás, miedo de ser reconocidos por lo que son—unos cobardes—y por consiguiente forman un griterío y se cuelgan de los faldones de ese pedazo de hombre, y llegan vociferando hasta aquí, con la ilusión de que van a hacer grandes hazañas.

Lo que falla a menudo en la línea de consecuencia entre el escritor y el hombre, es esa disparidad elemental de su vida. En otro sentido, es evidente que ese mismo Mark Twain que tan a menudo cae en lo pueril al detalle a los sentimientos de sus personajes, posee en sí una fibra delicadísima de emoción. Hacia el término de su vida de periodista en Nevada, sus compañeros quieren jugarle una pesada broma, y le presentan con gran ceremonia y con un discurso de profusa cordialidad, una pipa «de espuma de mar» según todas las apariencias. Mark Twain se sintió hondamente afectado, y no pudo reprimir unas lágrimas de gratitud que le saltaron a los ojos. Sólo al día siguiente vino a darse cuenta, al pretender sacarle lustre a la cachimba, que todo aquello era un engaño en el material y en la intención. La humillación y la rabia le tuvieron mudo por muchos días, y ni la presentación en desagravio de una verdadera *Meerschaum* logró conciliarle enteramente. Pero muchos años más tarde, al encontrarse con uno de los autores de la jugarreta, se confió a él con estas palabras: ¿Cree-rás, viejo, que ahora prefiero fumar en la cachimba aquella, y que creo que la saboreo mejor que la legítima, únicamente porque en mi recuerdo permanece asociada a lo que sentí el día que me la ofrecieron?

De esa magia de escribir, que sabe edificar con el metal sonoro y maleable de las palabras monumentos duraderos, él conocía más de un secreto, de esos que no son transmisibles a otros y que cada cual ha de aprender a costa de desvelos y de tanteos infatigables. Como una muestra de ese instinto superior

del artista, de lo que pudo ser capaz su sensibilidad, leamos esta página en que compara el cuarto de trabajo de un escritor, al término de una larga tarea creativa, con el cuarto donde un enfermo ha doblado la última página de su vida.

¿Conocen esa chocante sorpresa, quiero decir, cuando uno entra a la hora acostumbrada en el cuarto del enfermo, donde se ha pasado meses cuidándolo, y se encuentra con que todos los frascos con medicamento han desaparecido, se ha quitado la mesilla de noche, la cama está desnuda, los muebles rígidos en su sitio, las ventanas abiertas y la habitación fría, desmantelada, vacante? Y uno se queda con la respiración en suspenso, al comprender que todo ha terminado.

El hombre que ha escrito un libro experimenta una sensación parecida al día siguiente de haber dado la última mano al manuscrito y haberlo enviado al editor. Entra a su estudio y sufre la misma sorpresa. Todo el destrozo de borradores y la confusión de libros y papeles han desaparecido. Los diccionarios no están ya sobre las sillas ni los mapas en el suelo. El caos de cartas, libretas de apuntes, notas, cortapapeles, cachimbos, fotografías, cajas de tabacos y demás, no aparece ya por ninguna parte, y los muebles vuelven a estar en orden, como antaño. Tras varios meses de tener prohibida la entrada, la sirvienta ha andado por allí ordenando esto, fregando aquello, y dejando la habitación en el orden más repelente y la limpieza mas horrorosa.

#### HACIA EL FIN

Entre los sesenta y los setenta años, sobrevienen las desgracias de familia y los quebrantos comerciales en la vida de Mark Twain. Muere una de sus hijas, muere en seguida su mujer, por la que nunca pudo dejar de sentir el respeto algo supersticioso del hombre rústico por una damita de sociedad. En el intervalo entre dos duelos domésticos, fracasa el invento de una máquina tipográfica en que el creador del Coronel Sellers había arriesgado casi un millón de la fortuna amasada con su trabajo de cuarenta años... ilusionado con la convicción de ganarse

cien o quinientos millones, tan pronto como aquel instrumento fuese reclamado por todos los diarios del mundo. Ese fracaso arrastra a la quiebra a la casa editorial fundada por Clemens, y la fortuna de su mujer queda igualmente comprometida. Entonces el viejo león sacude la melena blanca y en el linde de los setenta años se dispone a una jira de conferencias y de reporterismo alrededor del mundo, con miras a pagar sus deudas y acaso rehacer su fortuna. El mundo de habla inglesa, en Australia, en la India y en Inglaterra le recibe como a un veterano heroico de las letras y colma sus expectativas.

Ya está de vuelta en su tierra el buen humorista Mark Twain y con característica pasión por la vida, casi único sobreviviente de su clan, se manda edificar una mansión más suntuosa todavía en la vecindad de la que abandonaron uno a uno los suyos. Pero antes de asentarse en ese hogar definitivo, se da la melancólica satisfacción de llegar hasta las orillas del Mississippi a sostener esa última charla «con el pie ya en el estribo», a que aludiera el maestro castellano y a *posar* afirmado en su bastón, frente a la casucha donde aprendió a dar los primeros pasos. Pronto va a cerrarse el ancho ciclo de esta vida que toca los tres cuartos de siglo y justamente en el año en que debía cumplirlos, en abril de 1910, muere Mark Twain bajo el resplandor agorero del cometa Halley, el mismo que alumbró su venida al mundo setenta y cinco años antes. «Vine con el cometa y me iré con él», declaró al amigo y confidente que le asistiera en su agonía. Y esa coincidencia singular acaso haga ver, a ciertos aficionados a la astrología, un parentesco entre el visitante extraplanetario y este hombre de cabellera revuelta, de vida vagabunda y de espléndida trayectoria. Pero, en realidad, es probable que cualquiera de nosotros, hasta los de vida más opaca, tengamos también nuestro compañero celeste: solamente que han de ser cometas de poco volumen, de marcha aun más errática—unos anónimos que seguramente fueron robados de su

cauda por astros más poderosos—y, por lo tanto, debemos de antemano resignarnos a que nadie proclame la coincidencia de nuestro paso por el mundo con la aparición en el cielo de un visitante de la apariencia descomunal y magnífica con que se alumbraran, justamente, el comienzo y el fin de la vida espectacular de Mark Twain.

Santiago de Chile, Septiembre, 1936.